

Nuñez de Arce, Gaspar
Hernán el lobo (Canto
primero)

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
(De la Real Academia Española)

HERNÁN EL LOBO

(CANTO PRIMERO)

Luz y tinieblas. — La novicia. — Á Lesbia.
Á mi madre.—El Cristo de mi hogar.

CUARTA EDICIÓN

MADRID
Establecimiento Tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra".
Paseo de San Vicente, 20.
1911

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
(De la Real Academia Española)

HERNÁN EL LOBO

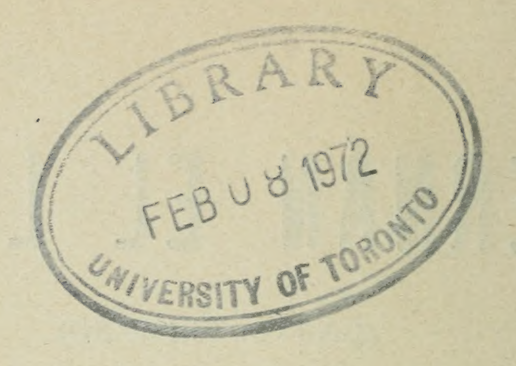
(CANTO PRIMERO)

Luz y tinieblas. — La novicia. — Á Lesbia.
Á mi madre.—El Cristo de mi hogar.

CUARTA EDICION

MADRID
Establecimiento Tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra".
Paseo de San Vicente, 20.

1911


LIBRARY
FEB 08 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

AL LECTOR

Deseoso de coleccionar todos los trabajos que constituyen la obra de mi glorioso ascendiente D. Gaspar Núñez de Arce, sin excluir fragmentos de poemas y composiciones cortas, que bien merecen incorporarse al tesoro de la poesía castellana, publico el presente folleto.

G. Núñez de Arce y F. de la Reguera.

15 Diciembre 1910.

HERNÁN EL LOBO

HERNÁN EL LOBO

FRAGMENTO

CANTO PRIMERO

I

En solitaria y eminente roca
de los montes cantábricos, altiva
rasga el espacio y en las nubes toca
vieja torre feudal. La peña viva
de donde arranca el resistente muro,
con tan difícil corte el paso cierra,
que no existe castillo más seguro
coronando los riscos de la sierra.

II

El peñón que le sufre, en dos partido
por un extremo está, cual si de un tajo,

en formidable lid, le hubiera hendido,
el hacha de un titán, de arriba abajo.
Silvestre helecho y trepadora hiedra
los bordes cubren de la herida piedra,
por cuya enorme cavidad sombría
surge espantable y prolongado grito,
como si aquella mole de granito
se doliese del golpe todavía.

III

Es la voz del torrente fragoroso
que se despeña de escarpada altura,
y al pasar por la estrecha cortadura
del castillo feudal, muralla y foso,
se arremolina, se retuerce, choca
y salta, enfurecido y espumoso
como el mar, por las quiebras de la roca.
Cuando acrecienta su caudal la nieve,
que, derretida, de las cumbres baja,
y los cimientos sólidos conmueve
del cerro, y piedras y árboles descuaja,

ante aquel espectáculo sublime
retumba el eco, la montaña gime,
con medrosa inquietud la res salvaje
escapa sin cesar de risco en risco,
se oculta la avecilla entre el ramaje,
en su cueva el reptil, hasta en su aprisco
la oveja se acobarda, y solamente
el águila caudal, cuya pupila
sonda la inmensidad, vuela tranquila
sobre las turbias aguas del torrente.

IV

El castillo, elevándose imponente,
como un fantasma, en su picacho escueto,
y sobre el negro tajo por do corre
revuelto río, el levadizo puente,
con cadenas fortísimas sujeto,
como un esclavo, á la almenada torre,
todo infunde en los ánimos respeto.
Resalta el ancho y ostentoso escudo
sobre la puerta gótica, en la parda

piedra por toscas manos esculpido,
y de pie en el umbral, siniestro y mudo,
vigila el puente y sus contornos guarda
un soldado con aires de bandido.
Aumentan el misterio y la pavura
de aquel lugar inexpugnable y rudo
la monótona voz del centinela,
que las traiciones de la noche obscura
siempre temiendo, sin descanso vela,
y en bandadas los cuervos agoreros,
que, al volver de los próximos pinares,
buscan las hendiduras y agujeros
de aquellos murallones seculares.

V

Era una tarde de Noviembre, helada
como la mano de la muerte; espesa
niebla cumbres y valles envolvía,
y estaba el monte sumergido en esa
confusa claridad, tenue y velada
como el vago crepúsculo del día.

Tan débil era y apagado el brillo
de la pálida luz, que compartía
su imperio con la sombra; á sus reflejos
amortiguados, en el fondo obscuro
de la sala espaciosa del castillo,
se destacaban sin color los viejos
y anchos sitiales del tallado roble
que adornaban la estancia, y en el muro
relucían los bélicos arneses,
el férreo casco, el colosal mandoble,
bruñido escudo y rígida coraza,
junto á la armada testa de las reses
que el personal valor cobró en el noble
y arriesgado ejercicio de la caza.
De propincuo lugar, como el ornato
principal del salón, cuelga un tablero,
donde inhábil pincel trazó el retrato
del magnífico y alto caballero,
glorioso tronco de la ilustre casa,
y enfrente de él, en su sillón de cuero,
con los pies arrimados á la brasa
que dejó en el hogar ardido tuero,
manchado por la crápula y el robo,

el señor del castillo, *Hernán, el Lobo,*
como le llama el general espanto,
ahogando estaba su conciencia en vino.
Y no muy lejos su afligida esposa
hilaba sin hablar, deshecha en llanto,
el rubio copo de escardado lino.

VI

Mil amargos recuerdos en profuso
tropel cansaban su memoria, en tanto
que entre sus dedos resbalaba el huso.
¡Con qué dolor, pero también con cuánto
enamorado afán, clavaba ansiosa
sus húmedas pupilas de hito en hito
en la faz descompuesta y borrascosa
de aquel malsín que embruteció el delito!
Y él, insensible á todo, el cuerpo laso,
balbuciendo palabras desarcordes,
y una vez y otras cien vaciando el vaso
lleno de añejo vino hasta los bordes,
con el rostro encendido, la mirada

atónita y vidriosa, el sentimiento
anonadado y la razón turbada,
mezclando sin cesar un juramento
á su insensata y bronca carcajada,
ni aun reparaba en la infeliz aquella
que á su maldad encadenó el destino
para amarle y llorar, sola en el mundo;
víctima desdichada que atropella
indiferente y fiero en su camino,
como la flor de las alturas huella
el oso montaraz. ¡Con qué iracundo
y bárbaro desdén Hernán la abruma!
Mas ¡ay! hundida en su mortal congoja,
sufre en silencio, y, cual la flor, perfuma
el pie que torpemente la deshoja.

VII

¡Oh! ¡Si supiera odiar!... Pero no sabe.
No sabe, no, su espíritu sereno
lo que es rencor, ni en su apacible seno
la ruin pasión de la venganza cabe.

En medio del horror que la rodea,
tan sólo el bien su corazón desea,
y cual la nieve que en la excelsa cima
conserva inmaculada la blancura,
cuanto más su conciencia se sublima,
más se destaca inalterable y pura.
¡Cuán suave y delicada es su hermosura!
Como el murmullo de los bosques, grata
suena su dulce voz: la misma queja
en sus labios de rosa es un halago.
Toda el alma en sus ojos se retrata,
que su pupila transparente deja
escudriñar el fondo, y como un lago
la luz del cielo en su cristal refleja.
Haz de rayos de sol es su cabello,
que al deshacerse en ondas, ilumina
los nobles hombros y el desnudo cuello.
Mas ¡ay! ¿por qué misterio que no alcanza
la mente á descubrir, tan peregrina
beldad pone su gloria y su esperanza
en una bestia indómita y dañina?
Busca el contraste el corazón humano
con insaciable sed; la tierna Aurora

cede á esta inclinación que la domina.
En su noche de insomnio intenta en vano
torcer su voluntad, y gime y llora:
bien conoce que es pérfido y tirano
y codicioso Hernán; pero le adora.
Le adora, y sigue con amargo duelo,
cual hoja seca que arrebata el río,
por do la lleva su pasión bastarda.
Mas ¿cómo no, si hasta en el mismo cielo
tiene el sér de la tierra más impío
un ángel que, ante Dios, le escuda y guarda?

VIII

Hora de los recuerdos, que en las frías
noches en que el pesar nos enajena,
con las gratas memorias de otros días
no endulzas, sino agravas nuestra pena;
tú, cuya voz como invisible espada
nos llega al corazón, ¿qué le decías?
¿No despertaste en su abatida mente

las muertas dichas de la edad pasada
como una angustia más de la presente?
¡Ay, sí! Que alguna vez la infortunada
evocó, sollozando, en la infinita
desolación del alma que la aqueja,
los breves goces de la ansiada cita,
en que gentil, apasionado y tierno
Hernán, al pie de la importuna reja,
rendido le juraba amor eterno.
¿Cómo negar el merecido pago
á su ruego ardoroso? ¿Cómo, esquivo,
volver el rostro al insinuante halago,
y cómo resistir á su embeleso,
si eran en él cada mirada un vivo
rayo de luz y cada frase un beso?
Todas las tardes, cuando en la alta sierra
desmayaba del sol la roja lumbre,
solo y á escape en su corcel de guerra,
al través de la lóbrega espesura
Hernán ganaba la riscosa cumbre.
Sin que estorbaran su certero tino,
ni el sitio agreste, ni la sombra obscura,
seguro de sí propio y del caballo,

volaba, como raudo torbellino,
salvando abismos y cruzando breñas,
entre las chispas que arrancaba el callo
del ágil bruto á las cortantes peñas,
para lanzarse, al fin de su camino,
con el impulso desatado y ciego
con que desborda la corriente brava,
allí donde ella, en contenido fuego,
tímida y palpitante le esperaba.
¡Qué sueños! ¡Qué coloquios! ¡Qué arrebatos!
¡Qué éxtasis de pasión! ¡Qué horas aquellas
tan venturosas ¡ay! como fugaces!
¡Con qué fe renovaban, insensatos,
á la indecisa luz de las estrellas,
sus tiernas riñas y sus dulces paces!
¡Cuántas veces la luz de la mañana,
ni aguardada por ellos ni sentida,
inundando de pronto la ventana,
puso fin á su larga despedida!
¿Cómo no comparar la pobre Aurora,
en la noche terrible de su vida
y en el tedio mortal que la devora,
el bien soñado á su desdicha cierta?

Y ¿cómo no llorar, si su esperanza,
como paloma á quien el hierro alcanza,
desde el cielo al abismo cayó muerta?

IX

Aquel Hernán que despertó en su seno
amor tan infeliz y tan profundo,
estaba allí, como el reptil inmundo
que se revuelca en pestilente cieno,
abrumado de crímenes, beodo,
sin luz en la razón, sin fe en el alma,
y tranquilo quizás... ¡No; que entre el lodo
jamás conserva el corazón su calma!
¿Quién tiene de los réprobos la clave?
¿Engendran las blasfemias en su boca
la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe!
¡Nada hay estéril en el mundo! Crece
el musgo humilde en la desnuda roca;
entre hielos el liquen aparece;
arraiga el pino en la rasgada grieta

que abre la lluvia en el peñón tajado;
sobre las tumbas el ciprés vegeta,
y el miedo en la conciencia del malvado.

X

¡Cuán honda, cuán fatídica tristeza
inspira aquel salón! Encenagado
el licencioso Hernán en su torpeza,
y ella entregada á vanos desvaríos,
juntos están en soledad medrosa,
como dos muertos que en la misma fosa
yacen mudos, inmóviles y fríos.

XI

De pronto, con estrépito la puerta
abrióse, y un pastor recio y membrudo,
de torvo rostro y de expresión incierta,
penetró en el salón. Rústico sayo
de pieles sin curtir, con tosco nudo

ceñido á la cintura, era su traje.
Paróse en el umbral, miró al soslayo
con la inquietud curiosa del salvaje,
y luego, destocando su cabeza,
enmarañada como bosque espeso,
avanzó hacia Fernán. La triste Aurora
disimular no pudo, bajo el peso
de su terror, la femenil flaqueza,
y aturdida quedó, cual queda el ave
al sentir la mirada abrumadora
del rapaz gavilán, en ella fija.
Hernán, con gesto reposado y grave,
quiso ponerse en pie; pero en mal hora.
Volcó su torpe esfuerzo la vasija
de blanco estaño, que el licor ardiente
encerraba, y con cómica sorpresa
esparcirse le vió como un torrente
de rutilante sangre por la mesa.
—¡Cuerpo de Dios!—refunfuñó impaciente;—
el diablo en mi camino se atraviesa.—
Y descargando su fornido puño
sobre el tablón nudoso:—¡Habla, por Cristo!—
balbuciendo exclamó.—¿Qué pasa, Nuño?

XII

—¡Escuchadme y sabréis! Por la cañada
del puerto de las Víboras he visto
buen golpe descender de gente armada—
dijo el zafio, clavando la mirada
oblicua en su señor.—Son mercaderes:
muy precavidos van; pero no creo
que den pruebas de aliento en un apuro.
Marchan revueltos hombres y mujeres,
y juzgo, si no miente mi deseo,
la lucha fácil y el botín seguro.
Diez mulas llevan de poder y brío,
rendidas bajo el peso de los fardos
que en vuestras cuevas hacinar ansío,
y exploran el terreno dos gallardos,
ágiles y robustos montañeses.
—Quisiera—exclamó Hernán—que me dijeses
cuántos los hombres son.—Gente no falta—
respondióle el pastor.—Mas cuando asalta
el lobo algún redil, ¿cuenta las reses?

—Nuño, tienes razón: fuera cobarde
reparar en el número—repuso
el fiero Hernán con desdeñoso alarde.
La vil codicia disipó el confuso
vapor que sus potencias envolvía,
como súbito viento de la tarde
barre las brumas, aclarando el día,
y alzóse con indómita energía,
parecido al león que se espereza
sacudiendo su crin desordenada,
cuando siente, al través de la maleza,
el resoplido de la presa ansiada.

XIII

Arrasados en lágrimas los ojos,
trémula, incierta y sin color Aurora
á los pies de Fernán cayó de hinojos,
y con la voz de la mujer que implora
y acaricia á la par, voz que semeja,
vibrando de ansiedad y de cariño,
del bien amado la sentida queja

y la incente súplica del niño:
—¿Qué vas á hacer?—le preguntó.—¡Insensato!
Y él, mirándola airado y cejijunto,
prorrumpió con estúpido arrebato:
—Hilad, señora, en paz, que no es asunto
propio de flacas hembras el que trato.—
Exhaló la infeliz sordo gemido,
y de sus manos se escapó la rueca
como asustado pájaro del nido.
Volvió otra vez á interponer su ruego;
pero con frase dominante y seca,
tan seca como el áspero chasquido
del azote que al siervo despedaza:
—¡Basta!—gritóle Hernán, de rabia ciego,—
ó juro á Dios que os pongo una mordaza.

XIV

Bajo el torpe rigor de la amenaza,
ella, temblando, obedeció. Profundo
y lúgubre silencio, tan sombrío
como el que cerca al triste moribundo,

en la estancia feudal reinó un instante;
que allí también, desamparado y frío,
expiraba de angustia un pecho amante.
—Casi es seguro—con feroz sosiego
el rústico siguió—que, aprovechando
la ocasión, despojemos á mansalva...—
Hernán miróle con fijeza, y luego
le preguntó, sin responderle:—¿Cuándo
pasar los viste?—¡Al despuntar el alba!—
Nuño le contestó. Como la fiera
ola del mar, que con murmullo blando
suavemente acaricia la ribera,
hasta que osada ráfaga de viento
su furia excita y su quietud altera,
Hernán alborotóse de improviso,
y yendo hacia el pastor, que sin aliento
le contemplaba atónito y sumiso,
colérico exclamó:—¿Cómo, menguado,
acudes en tal hora á darme aviso?
Si dices la verdad, ¿dónde has estado?
—Tened piedad de la flaqueza mía—
dijo Nuño, turbado como un reo
delante de su juez, y las palabras

temblaban en los labios del espía.
—He llegado hasta aquí, dando un rodeo,
por donde acaso las monteses cabras
no estamparon su huella todavía,
y la razón de mi tardanza es esa.
—Y ¿por qué no venir por el atajo?—
preguntó Hernán.—De mi valor respondo —
el pastor replicó bajo, muy bajo.
—Mas ¿quién se determina á tal empresa?
¡Pasar junto al abismo en cuyo fondo
vos!... ¡Imposible!—Y se erizó la espesa
selva de sus cabellos.—¿Quién se arrima?
Cuantos se adelantaron atrevidos,
dicen que salen de la horrenda sima
maldiciones, sollozos y alaridos.—
Nuño calló: sus espantados ojos
giraban en sus órbitas obscuras,
como acosados tigres entre abrojos
cuando audaz cazador los acomete
en su propio cubil.—¡Mucho aventuras!—
gritóle Hernán.—De mi presencia vete,
y pide á Satanás que los alcance.
Que si por ti se nos malogra el lance,

si tu incuria mis brazos encadena
y vuelvo sin botín de la jornada,
óyelo bien, te cuelgo, á mi llegada,
para pasto de buitres, de una almena.

XV

Despavorido el rústico y absorto
ante el horrible gesto y la mirada
de aquel malvado, del infierno aborto,
fuése alejando, hasta ganar la puerta,
con vacilante paso y faz miedosa;
y al encontrarla en su camino abierta,
rápido se escurrió, como el impuro
y cobarde reptil por la musgosa
y húmeda grieta de vetusto muro.

XVI

—Yo amansaré tu condición villana—
Hernán refunfuñó.—¡Mal fin te auguro!—

Y abriendo de repente una ventana,
—¡Hola!—gritó con estentóreo acento
á la chusma del patio.—Que la trompa
con su bélico són los aires rompa,
que mi rojo estandarte ondule al viento.
No quede mesnadero ni vasallo
que á mi formal mandato se resista,
ó ¡vive Dios! que sentirá mi fallo.
Ya la caza en el término se avista.
¡Son miserables corzos! ¡Á caballo!
¡Todos en marcha! ¡Todos tras la pista!—
Dijo, y oyóse el sordo clamareo
y el alegre bullicio de las gentes
que se aprestaban al infame ojeo,
y á poco retumbaron estridentes
por valles y montañas los sonidos
de la trompa marcial. Ya en su escarceo,
los potros, al combate apercibidos,
relinchaban fogosos, golpëando
con sus herrados cascos la ancha losa,
y Hernán, que estaba á la ventana, cuando
vió soltar del rastrillo la cadena,
se dispuso á partir.

XVII

Pero su esposa,
sobrecogida de zozobra y pena,
abrazóse frenética á su cuello,
como si el miedo la aumentara el brío,
y casi extinto el último destello
de su débil razón: —¿Dónde, bien mío,
dónde vas?—prorrumpió. —¿Por qué me dejas
sumida en esta angustia que me acaba?—
Y reía la mísera y lloraba,
y á la vez palpitaban en su boca
ayes, suspiros, ósculos y quejas.
—¡No te manches en sangre! ¡Te lo pido
por ti, por mí!—clamaba como loca,
y era triste su voz, como el gemido
de un arpa que se rompe. —¡Ay, vida mía!
no te condenes á suplicio eterno,
que donde tú no estás, está mi infierno,
y á la gloria sin ti renunciaría.—
Escuchábala Hernán como un idiota,

extraño á todo sentimiento, mudo
pero sombrío, y reprimiendo el llanto,
ella con frase apresurada y rota
por su amor, por su duelo y por su espanto:
—¡Necia de mí!—añadía. —¿Por qué dudo
de tu cariño?—Y con febril empeño
más y más estrechaba el dulce nudo
con que oprimía á su insensible dueño.

XVIII

Hernán, repuesto ya de la sorpresa,
y obedeciendo á sus instintos viles,
desabrido exclamó: —¡Callad, señora!
Que no han de hacerme abandonar la empresa
súplicas ni lamentos mujeriles.—
Como animoso náufrago que implora
inútilmente auxilio, y sólo escucha
la voz de la borrasca bramadora,
aunque distante de la amiga playa,
lucha sin esperanza, pero lucha,
y mientras tiene vida no desmaya,

tal la inocente y desolada Aurora
pretendió resistir de aquella fiera,
nunca saciada, el sanguinario intento.
—¡Ay!—con amargo y penetrante acento,
gimió, abrazada á su verdugo. —¡Espera!
¿No ves, si alguna compasión te inspira
mi amor, que me asesinan tus desvíos?—
Y el monstruo, rechazándola con ira,
—¡Cansada estáis!—la contestó. —¡Moríos!

XIX

Soltóse con tal ímpetu y coraje,
que Aurora vino á tierra trastornada,
y más que el golpe la dolió el ultraje;
aunque bien advirtió la desgraciada
que por su rostro pálido corría
la sangre con las lágrimas mezclada.
De pronto el sol, atravesando el velo
de la niebla sutil que le cubría,
vertió, desde el ocaso, sobre el suelo
su luz, más bella cuanto más tardía.

Un rayo melancólico y furtivo,
pasando por los vidrios de colores,
bañó la faz de Aurora, do su vivo
y trágico terror estaba impreso,
como si conociendo sus dolores,
aquel rayo bajara compasivo
por mandato de Dios á darle un beso.
Inmóvil y tendida sobre el duro
pavimento de piedra, cual yacente
estatua de un sepulcro, confundida,
cada vez más siniestro y más obscuro
entrevió el porvenir, y no en la frente,
dentro del corazón sintió la herida.
Abatidos sus músculos y flojos,
postrada la conciencia, entumecida
la voluntad, y en su mortal quebranto,
la clara luz de sus hermosos ojos
nublada por la sangre y por el llanto,
trató de incorporarse, mas no pudo,
y el amor, y la pena, y el despecho
con invisible y apretado nudo
ahogaron los sollozos en su pecho.
Desesperada, loca, en su infinito

y rebelde pesar, una y tres veces
el seno hirióse y con vibrante grito,
—¡Ay!—dijo, ciega de furor. —¡Maldito
corazón, que ni olvidas ni aborreces!—
Iba á seguir; pero el rumor confuso
que levantó en el patio la mesnada,
súbito fin á sus lamentos puso.
Heló sus venas de la muerte el frío,
y fijando en el cielo su mirada,
—¡Ten—murmuró, quedando aletargada—
compasión de ellos y de mí, Dios mío!

XX

Cuando la bulliciosa comitiva
atravesaba el puente en són de guerra,
ya con su luz dudosa y fugitiva
doraba el sol los picos de la sierra,
y lentamente por la mustia alfombra
de los oteros y cañadas, iba
subiendo y espesándose la sombra.
Era ese instante de suprema calma

en que se extingue de la tarde el ruido
y en sus tristezas se recoge el alma.
Cuando el grave y patético tañido
de la campana los espacios llena,
y con lengua metálica y sonora
dice al mortal:—Suspende tu faena:
Dios te ofrece el descanso hasta la aurora.—
Cuando forma y color se desvanecen,
baja el silencio, las tinieblas crecen,
y el campesino, á quien el cielo avisa
que interrumpa su rústico trabajo,
á la luz del crepúsculo, indecisa,
guía y conduce por estrecho atajo
su mansa yunta á la cercana aldea,
do amante madre ó diligente esposa
solícita prepara y cariñosa
sano alimento en el hogar que humea.
Cuando en pos del reposo apetecido
busca el redil en el seguro prado
la dócil res, el labrador cansado
su pobre casa, el pájaro su nido
y las pérfidas sombras el malvado.

LUZ Y TINIEBLAS

La fiera, la titánica batalla
dura y persiste aún:
es el combate entre la ciega sombra
y la fecunda luz.

—

Nunca termina el duelo pavoroso:
en la tierra, en el mar,
en el espacio, en la conciencia humana
siempre lidiando están.

—

Que en los abismos lóbregos del tiempo,
con muda confusión,
ruedan mezclados la verdad y el día,
la noche y el error.

—

¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?
¿La excelsa claridad?...
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha
por siempre durará.

LA NOVICIA

Entre los cantos del solemne rito,
la doncella, apartándose del ara,
se encamina á la puerta que separa
nuestra vida mortal de lo infinito.

Á pocos pasos del umbral bendito
la comitiva se recoge y pára,
y un mancebo, cubriéndose la cara
con la crispada mano, exhala un grito.

Aquella voz, sonando como un trueno
en la novicia mísera, despierta
todas las ansias del amor terreno;

quiere rezar, pero á rezar no acierta,
y cruzando los brazos sobre el seno,
cayó junto al umbral rígida y yerta.

A LESBIA

I

Dan muchos en decir que tu inconstante
amor repartes aturdida y loca;
que no es tu fe de endurecida roca
ni tu virtud firmísimo diamante.

Dicen que quien te estrecha delirante,
cediendo á la pasión que le sofoca,
siente y percibe en tu entreabierta boca
el calor de los besos de otro amante.

Dicen que en el desorden de la vida
gozas con la traición; y soy tan necio,
que al escucharlo te maldigo y lloro.

Anda tu fama en la opinión perdida;
pero hay alguien más digno de desprecio
que tú: yo, que sabiéndolo, te adoro.

II

Es en vano intentarlo. Cuando el río
en su profundo cauce retroceda,
quizás se apiade el Cielo y me conceda
todo el valor que para odiarte ansío.
Pugno por olvidarte, y mi albedrío
más en los lazos de tu amor se enreda;
seguir tus pasos el amor me veda
y me arrastra á tus pies, á pesar mío.
Tu falaz persuasión me infunde miedo:
quiero escapar de ti, dejar de verte,
y á tus caricias engañosas cedo.
Y es tal mi desventura y tal mi suerte
que, conociendo tu maldad, no puedo
estimarte ¡ay de mí! ni aborrecerte.

A MI MADRE

(EN VIERNES SANTO)

¿Por qué cuando la tierra suspende su alegría
y llora consternada la muerte del Señor,
mi corazón recuerda tu nombre, madre mía,
con religioso amor?

Recuerdo que en mis horas de amargo desaliento
consuela mis dolores y calma mi inquietud:
recuerdo que es acaso mi solo sentimiento
y mi única virtud.

¿Será porque en los años risueños y floridos
de aquella edad que viene de la inocencia en pos,
tú me enseñaste ¡oh madre! á pronunciar unidos
tu nombre y el de Dios?

¡No sé!... Pero los santos misterios de este día
avivan la memoria de goces que perdí.

¡No sé!... Pero agitado mi corazón ansía
volar, volar á ti.

Al par de tu cariño la religión me inspira;
que son en este valle de luto y de dolor
mi afecto y mi creencia dos cuerdas de una lira,
dos hojas de una flor.

AL CRISTO DE MI HOGAR

En mi modesto hogar guardo de talla
una imagen de Dios, tres veces fuerte,
cuando, puesto en la cruz, sufre y batalla
con las hondas angustias de la muerte.
Sin forma escultural, tosco, mal hecho;
pero la sola herencia que en el mundo
mi madre, acongojada al pie del lecho,
recibió de su padre moribundo;
ese Cristo, sin arte y sin historia,
fué para el pobre hogar que le dió abrigo
mina de bendición, fuente de gloria,
y mudo, sí, pero inmutable amigo.
El en la adversa y próspera fortuna
avivó la piedad de mis mayores,
doró sus dulces sueños en la cuna
y consagró sus púdicos amores.
El inflamó su cólera española

en la guerra inmortal del «Dos de Mayo»,
con esa fe que al agitarse es ola
que empuja el huracán y alumbra el rayo.
Él, siempre protector, cerró los ojos
ó ablandó las entrañas del verdugo
cuando, tras duras puertas y cerrojos,
á un rey ingrato atormentarles plugo.
Él les dió un corazón entero y sano,
nunca sobresaltado por el grito
de ese feroz remordimiento humano
que azota al criminal con su delito;
y en esa inalterable bienandanza
con que la paz del ánimo convida,
salvando su virtud y su esperanza
de las sordas tormentas de la vida,
la augusta ancianidad llamó á su puerta
sin la duda brutal que labra el nido,
como gusano entre la carne muerta,
en todo corazón seco y podrido.
Y Él calmó su angustiado pensamiento
en las horas sin luz de la agonía,
y recogió su postrimer aliento
y su última mirada incierta y fría.

Por Él, cuando la hambrienta sepultura
aquel honrado hogar dejó vacío
tuvieron ¡ay! sus hijos sin ventura
á quien llamar, llorando, «Padre mío».

ÍNDICE

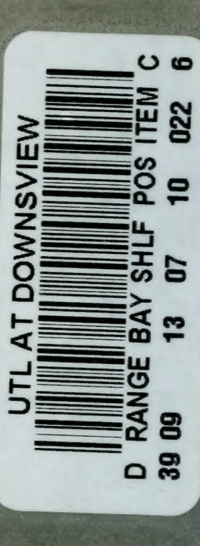
OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas.
GRITOS DEL COMBATE, poesías, octava edición..	4
MISCELÁNEA LITERARIA, un tomo, encuadernado..................................	3
ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRÓN, trigésimaoctava edición........................	1
UN IDILIO Y UNA ELEGÍA, trigésimanovena edición..................................	1
LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN, trigésima edición.	1
LA SELVA OSCURA, vigésimanovena edición...	1
EL VÉRTIGO, cuadragésimacuarta edición.....	1
LA PESCA, trigésimasegunda edición..........	1
MARUJA, vigésimaquinta edición	1
POEMAS CORTOS, décimasegunda edición	2
SURSUM CORDA!, undécima edición...........	1
HERNÁN EL LOBO	1

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS ESCOGIDAS, un tomo de 520 páginas (agotada).

EN PREPARACIÓN:

LUZBEL, (fragmentos), con un *Post-scriptum* de S. Castillo y Soriano.



UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 13 07 10 022 6